

EXPERIMENTAR A DIOS COMO PADRE

12 de Enero de 2020

Evangelio según MATEO 3, 13-17

Entonces llegó Jesús desde Galilea al Jordán y se presentó a Juan para que lo bautizara.

Juan intentaba disuadirlo, diciéndole:

-Soy yo quien necesita que tú me bautices, y ¿tú acudes a mí?

-Jesús le contestó:

-Déjame ya, que así es como nos toca a nosotros cumplir todo lo que Dios quiera.

Entonces Juan lo dejó.

Jesús, una vez bautizado, salió enseguida del agua. De pronto quedó abierto el cielo y vio al Espíritu de Dios bajar como paloma y posarse sobre él. Y una voz del cielo dijo:

-Éste es mi Hijo, el amado, en quien he puesto mi favor.

Hanna Wolf,  teóloga y  psicoterapeuta alemana, afirma en uno de sus trabajos sobre Jesús que él ha sido la primera persona en la historia que ha vivido y comunicado una experiencia sana de Dios, sin proyectar sobre la divinidad los miedos, fantasmas y ambiciones de los seres humanos.

Lo cierto es que algunas fuentes cristianas hablan de una experiencia inicial en la que Jesús escucha del cielo estas palabras: «*Tú eres mi Hijo querido*». El relato es una elaboración posterior, pero apunta a una realidad fácil de constatar.

Jesús vive y siente a Dios como padre. Hay un dato que sorprende a los exegetas. Aunque Jesús habla constantemente del «reino de Dios» como símbolo central de su mensaje, nunca le invoca a Dios como rey o señor, sino como «padre» (abbá). No hay duda alguna. Jesús no se presentaba ante Dios como un súbdito ante el emperador Tiberio o como un reo ante el tribunal de Antipas. Se confía al misterio de Dios como un hijo querido. Ésa es la primera actitud cristiana ante Dios.

Esta experiencia de Dios como padre querido no le encierra a Jesús en una piedad individualista y excluyente. Ese Padre es el Dios de todos los pueblos, el Padre cariñoso de todas sus criaturas. Jesús lo llamaba «Padre del cielo» porque no está ligado a un lugar sagrado, ni pertenece a un pueblo o una raza concreta. No cabe en ninguna religión. Es Dios de todos, incluso de quienes lo olvidan. «El hace salir el sol sobre buenos y malos». Desde este horizonte amplio universal vive Jesús a Dios.



Tampoco se encierra Jesús en una experiencia egocéntrica de Dios. No le busca para tranquilizar sus miedos, compensar sus vacíos o desarrollar sus fantasías religiosas. Lo único que busca es que la justicia, la misericordia y la bondad de ese Padre se contagie a todos, y la humanidad pueda conocer una vida más digna y más propia de hijos e hijas de Dios.

No lo hemos de olvidar. El Dios que nos muestra Jesús no está interesado, en primer término, en qué pensamos de él o cómo le experimentamos sino en cómo nos comportamos con los que sufren. Vivimos realmente como hijos de Dios cuando reaccionamos como hermanos ante quienes no pueden disfrutar de una vida digna.

Los necesitados, sus predilectos

El nuevo nacimiento nos vincula, desde Dios, con la suerte de la humanidad, especialmente con los empobrecidos. El «siervo del Señor» lleva «el derecho a las naciones», trabaja para «abrir los ojos de los ciegos» y para sacar «a los cautivos de la prisión». ¿Puede una madre olvidar a sus hijos? ¿Puede Dios olvidar su creación? ¿Puede una persona desentenderse de su hermano? Nunca. La mirada y el encuentro con los empobrecidos de la humanidad, convierte y transforma al seguidor de Jesús.

LA TIERRA NUEVA

En la tierra nueva
las casas no tienen llaves
ni los muros rompen el mundo.
Nadie está solo.
No se habla mucho del amor,
pero se ama
con los ojos,
las manos,
y las entrañas.
Las lágrimas son fértiles,
la tristeza se ha ido
para no regresar,
y se ha llevado con ella
la pesada carga
del odio y los rencores,
la violencia y el orgullo.

Es extraña la puerta
que abre esa tierra:
es la sangre derramada
de quien se da sin límite,
es la paciencia infinita
de quien espera en la noche,
es la pasión desmedida
de un Dios entregado
por sus hijos; nosotros,
elegidos para habitar
esa tierra nueva.

José María Rodríguez O. sj



El evangelio nos sigue señalando a Jesús como el guía que puede conducirnos a una tierra nueva de aires más libres. En Él resuena la voz que señala la base y la experiencia que pueda dar origen a una palabra llena de novedad. Esa palabra no es la ley. Esa palabra es la experiencia vital del Hijo. En el Hijo hay libertad, cariño, confianza y esperanza.

Su programa contempla animar a los abatidos, encender la llama de los oscurecidos, orientar los pasos de los caminantes, proclamar el valor de la sencillez, convocar a los preocupados por el derecho y la justicia, predicar una y otra vez incansablemente que Dios es perdón, que, como hijos, podemos ser "hermanos y que la relación entre nosotros no es la del escalafón ni la de competir a codazos por el poder, sino la del servicio y la preocupación de unos por otros. Lo importante para inaugurar esta nueva etapa es llamar a Dios, ¡Padre! Y confiar en Él.

Bautizados en la vida: Si esto es así, lo más interesante al celebrar la fiesta del bautismo del Señor no es tanto derivar hacia la realidad del bautismo sacramental sino a la del Bautismo de la vida. Aquel es signo de éste. El Bautismo de la vida es el de quienes, inmersos en la vida, descubren, más allá de su limitación, la presencia viva y actuante de Dios en ella. Desde ahí se ama la vida, se la construye, se la defiende en toda persona, se la propaga.

PISTAS PARA LA REFLEXIÓN

- ¿Cuál es mi experiencia de Dios como Padre?
- La entrega a los más necesitados, ¿la hago desde la obligación o desde la humanidad?